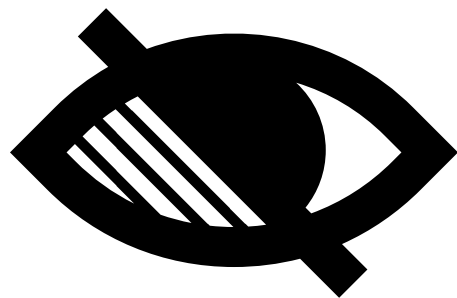


National Public Housing Museum

Lecciones De Historia Objetos Cotidianos De Las Viviendas Sociales



Guía en Letra Grande

Contenido

1..... Ordenadas

3..... Vitrina Introducción

13.....Vitrinas Centrales

27..... Vitrinas Lejanas

39..... Paredes Laterales y Vitrinas

Ordenadas

Todas las etiquetas están ordenadas en el sentido de las agujas del reloj por caso desde la entrada de la habitación.

Vitrina Introducción

Lecciones De Historia: Objetos Cotidianos De Las Viviendas Sociales

Conoce las esperanzas, las alegrías, los sinsabores y los sueños postergados de los residentes de las viviendas sociales. Los objetos y las etiquetas de esta exposición representan 87 años de esta historia.

“¿Qué objeto narra lo que es su vida en un proyecto habitacional?”

Los escritores Audrey Petty, Nate Marshall y Richard Cahan realizaron talleres en Chicago, Houston y Nueva York en busca de una respuesta; en este espacio expondremos anualmente objetos procedentes de distintas ciudades del país.

Agradecemos de manera muy especial a Pamela Phillips y Krista Folade Madzimoyo por reunir a los residentes de viviendas públicas de Nueva York y Houston.

El museo recibió el auspicio adicional de la subvención A More Perfect Union, otorgada por la National Endowment for the Humanities.

El fragmento de papel tapiz fue recuperado de los Jane Addams Homes. Son una colorida muestra de las vidas que transcurrieron alguna vez en este edificio.

History Lesson

By Natasha Trethewey

I am four in this photograph, standing
on a wide strip of Mississippi beach,
my hands on the flowered hips

of a bright bikini. My toes dig in,
curl around wet sand. The sun cuts
the rippling Gulf in flashes with each

tidal rush. Minnows dart at my feet
glinting like switchblades. I am alone
except for my grandmother, other side

of the camera, telling me how to pose.
It is 1970, two years after they opened
the rest of this beach to us,

forty years since the photograph
where she stood on a narrow plot
of sand marked colored, smiling,

her hands on the flowered hips
of a cotton meal-sack dress.

*Natasha
Trethewey,
"History Lesson"
from Domestic
Work. Copyright
© 1998, 2000
by Natasha
Trethewey.
Used with the
permission of
The Permissions
Company, LLC on
behalf of Graywolf
Press, Minneapolis,
Minnesota,
graywolfpress.org.*

También guardo cosas en el fondo del armario, recuerdos que jamás quiero dejar atrás.

Julia deBettencourt

He abierto tu armario docenas de veces. Hace tiempo que nadie me pide hacerlo, y al intentarlo la casi olvidada puerta se atasca. Dentro, encuentro una vieja aspiradora, un kit de limpiabotas e innumerables pañuelos meticulosamente planchados.

Arriba, a la derecha, cerca del fondo, hay una caja con tu letra.

Conozco este vestido de memoria:
sus costuras dobles, sus guantes sin dedos,
su tela de ojales.

Tu madre, Sonia, lo cosió a mano en el pequeño apartamento de la familia.
Lo sé porque tú me lo contaste.

Conozco tu historia como si fuera la mía.
Bernie y tú nos conociste en el barrio siendo apenas niños, cuando todo parecía posible.
Estudiaste genética en la Universidad de Chicago en los años 40 con una beca completa.
Mecanografiaste declaraciones de impuestos cuando los niños dormían.
Viajaste a Brasil, México, China, Nueva Zelanda.
Fuiste a una fiesta con el Príncipe de Gales y hablaste de arquitectura.

Y sé que deseaste haberte quedado un poco más conmigo.

Te conozco de memoria:
tu amor por las palabras, tu debilidad por el chocolate negro,
tu terquedad y generosidad,
cómo tarareabas en voz baja las melodías en los conciertos,
el poder de tu ceja, levantada con precisión.
Lo sé porque lo heredé de ti.

También guardo recuerdos en el fondo de mi armario.
Guardo tu vestido junto a mi mantita de bebé, aquella que remendaste una y otra vez.
Los talones de las entradas de teatro de las funciones que vimos juntas en Londres.
Los pañuelos de seda que aún conservan, sutilmente, el aroma de tu casa.

*Annette Risberg, Jane Addams Homes,
Chicago, IL, 1937-1947*

Annette falleció en 2022

Cuando gané, quise más

Lee Roy Murphy

Soy la segunda persona en ganar este cinturón. Lo obtuve cuando me coroné campeón mundial de boxeo en la categoría de peso crucero en 1984, y significa mucho para mí. ¿Cuántos pueden decir que tienen un título mundial? Para conseguirlo, hay que ganárselo, y yo me lo gané. No fue fácil, puesto que en aquel entonces, peleábamos 15 asaltos. Ahora son solo 12.

Me robaron mi primer cinturón. Trabajaba para la oficina del sheriff del condado de Cook y, ese día, me confié. Tenía dos trabajos y estaba agotado. Lo dejé en la cajuela de mi carro donde vivía, en Hyde Park. El año pasado me entregaron este cinturón en la cena del Salón de la Fama. Me tomó por sorpresa. El cinturón significa mucho para mí porque representa lo lejos que he llegado, lo que he logrado: Hice algo que muchos solo sueñan. Hay quienes darían la vida por ser campeones del mundo.

Yo, cuando gané, quise más, pero a veces hay que frenar el paso, o la codicia puede vencerte. Guardo el cinturón en el fondo del armario; no tengo una pared donde colgarlo. Probablemente lo donaré a la Escuela Secundaria Wendell Phillips, donde tienen una foto mía, grande y antigua, en el Salón de la Fama. Seguro que se verá bien allí.

*Lee Roy Murphy, Robert Taylor Homes,
Chicago, IL, 1972–1983*

Vitrinas Centrales

...la avalancha de recuerdos es increíble

Justice Sonia Sotomayor

Esta es la comunidad en la que crecí, y la avalancha de recuerdos es abrumadora. Tenía solo tres años cuando nos mudamos aquí. Las Bronxdale Houses se extendían a lo largo de tres grandes manzanas, con veintiocho edificios de siete pisos cada uno y ocho apartamentos por planta. Para mi mamá, los proyectos representaban una alternativa más segura, limpia y luminosa en comparación con los edificios decadentes en los que habíamos vivido. Mi abuelita, en cambio, veía la mudanza como una incursión en territorio lejano y ajeno, el jurutungo viejo, pues. Decía que mi madre nunca debería habernos obligado a irnos, pues en el barrio antiguo había vida en la calle y familia cerca, mientras que en los proyectos nos sentíamos aislados. Con el tiempo, toda la familia terminaría siguiéndonos, y las Bronxdale Houses adoptarían un poco del calor del viejo barrio. Pero en aquel entonces, cuando mi madre insistió en mudarnos, éramos pioneros.

En la lectura encontré un escape de las partes más difíciles de mi vida en el sur del Bronx. Siempre que podía, corría a la biblioteca en busca de un refugio, y a través de los libros, viajé por el mundo y el universo. Para mí, la lectura fue un pasaporte que

me permitió salir de mi infancia y, hasta el día de hoy, sigue siendo una herramienta poderosa para transformar la realidad con palabras. Si a través de las palabras puedes mover a las personas a hacer lo impensado, despertar pasiones que de otro modo permanecerían dormidas, inspirarlas a alzarse y querer ir más allá, entonces creo que todo ello es prueba del inmenso poder del lenguaje.

*Sonia Sotomayor, jueza de la Corte Suprema de EE.UU.,
Bronxdale Houses (rebautizadas Casas Sotomayor en su
honor), Bronx, NY, 1957–1972*

El cable era tan largo que podíamos llevar el teléfono de una habitación a otra.

Marie Stephen

Me mudé a Amsterdam Houses en enero de 1969 con mi hijo y mi hija recién nacida. En aquella época había muchos teléfonos públicos, y no mucha gente podía permitirse el lujo de tener su propio teléfono en sus apartamentos.

Mi marido se aseguró de que tuviéramos nuestro propio teléfono: un teléfono fijo amarillo mostaza de Western Bell. Era una necesidad básica, especialmente con dos niños pequeños en casa. Lo colgamos en la pared, justo entre la sala, el comedor y la cocina. El cable era tan largo que podíamos llevarlo de una habitación a otra.

A pesar de las dificultades económicas, siempre logramos mantener nuestro teléfono, y después de todos estos años, seguimos con el mismo número, así de importante era ese teléfono para la familia. Quienes me conocen desde entonces aún lo recuerdan de memoria.

Vivir en una vivienda pública me dejó una lección invaluable: aprender a valorar los pequeños detalles y reconocer que sus residentes forman una comunidad. No hay nada de malo en vivir allí; lo importante es saber aprovecharlo al máximo.

*Marie Stephen, Amsterdam Houses,
New York City, NY, 1982 – present*

Esta es la historia de mi perrita Sugar, y de cómo me salvó la vida Jerry

Jerry “Arkansas” Charles Birch

No sé cómo explicar cuándo sucedió, pero fue real. Esta es la historia de mi perrita Sugar y de cómo, sin duda, me salvó la vida.

Sugar llegó a mí cuando apenas tenía dos meses. Un amigo me la regaló, y era tan pequeña que cabía en la palma de mi mano. En aquel entonces, mi amiga Linda se había ido a visitar a su familia, y yo me encontré de repente con la responsabilidad de cuidar y entrenar a un cachorro. Crecí en Arkansas, así que sabía cómo hacerlo, pero no dejaba de ser una tarea extenuante. Todos los días hablaba con Linda sobre lo agotador que era limpiar tras Sugar, y con el tiempo, la frustración comenzó a apoderarse de mí. Estaba decidido: la perrita tenía que irse.

Recuerdo aquella noche con absoluta claridad. Encendí la estufa de gas en mi apartamento de Cuney Homes para hacerme unos hot dogs. Luego, regresé a la sala y, sin darme cuenta, me quedé dormido en el sofá. En ese momento, estaba entrenando a Sugar para que me avisara cuando necesitara salir, porque si volvía a ensuciar el apartamento, pensaba regalarle. De repente, escuché un ladrido insistente y sentí un mordisco en la pierna que tenía colgada del sofá. Fue en ese instante cuando desperté completamente y me di

cuenta de lo que estaba ocurriendo: mi apartamento estaba lleno de gas.

El olor era penetrante, casi insoportable, y los gases ya me estaban afectando. La cabeza me daba vueltas, y cuando intenté encender la estufa, no funcionaba. De no ser por Sugar, nunca me habría despertado. Ese pequeño cachorro me salvó la vida, y no tengo duda de que ella lo sabe. Se lo cuento a todo el mundo: Sugar me despertó justo a tiempo y, gracias a ella, sigo aquí.

Se dice que los perros pueden ver espíritus, y Cuney Homes, antes de ser viviendas, fue una base militar. Casi todos los que viven aquí tienen historias de cosas extrañas que han visto o escuchado. A veces, en plena noche, encuentro a Sugar inmóvil en un rincón, con la mirada fija en el techo. Cuando esto sucede, un escalofrío me recorre el cuerpo, y cada vez que la observo, ella me devuelve la mirada, como si percibiera algo que yo no puedo ver. No sé cómo explicarlo, pero sé que es real.

Lo único que sé con certeza es que mi vínculo con Sugar es especial, distinto a cualquier otro. La conexión es tan fuerte que, a veces, parece irreal.

*Jerry “Arkansas” Charles Birch, Cuney Homes,
Houston, TX, 2019 – presente*

Como lo hacía mi abuela...

Varita Bean

De muy joven, mi abuela me enseñó a cocinar, limpiar, lavar la ropa, ir de compras, llevar una casa y cuidar a los pequeños. Todo esto contribuyó a que me convirtiera en una persona completa.

Cuando llegué a Cuney Homes, las cosas que me había enseñado la abuela me ayudaron a ser una buena amiga y vecina: Compartía lo que cocinaba con los vecinos y los niños que me rodeaban. Mi abuela hacía pan de maíz en una pequeña sartén de hierro fundido, que me regaló. Ahora uso esa misma sartén para hacer ese mismo pan de maíz y compartirlo con mis amigos y familiares de Cuney Homes. Lo preparo igual que ella, incorporando tocino y su grasa a la masa, y horneándolo hasta que el pan queda crujiente..

Varita Bean, Cuney Homes, Houston, TX, 2007-presente

La última conexión material con el apt 20E

Pamela Phillips

Soy madera errante,
un eco de abundancia,
ahora dispersa,
intacta y conectada.
Fuerte, resistente,
envejecida y gastada,
soy un hogar forjado
para el bien público.
Llevo cicatrices,
erosionada por el tiempo,
golpeada por tormentas,
una y otra vez,
amamos y no amamos
Los surcos de mi piel
guardan las huellas
de nuestras decisiones,
de nuestras victorias y
renuncias.
Hay belleza en mi
imperfección.
Soy familia.
No elegí estar aquí,
pero aquí he quedado.
Pasaste junto a mí,
día tras día,
sin saber que un día

sería tu último vínculo
con el apt 20E.
Aquí sostengo
risas nerviosas,
instantes familiares,
momentos de pura
alegría,
y susurros de discusiones
que se alzaban en la
noche.
El dolor se asienta
en mis grietas más
profundas,
tejido en la madera,
conectado.
Mientras yo exista,
nosotros también
existimos.
Soy propósito.

*Pamela Phillips,
Manhattanville Houses, Nueva
York, NY, 1963-1993
Casas Marble Hill, Nueva York,
NY, 1999-2019*

...pienso en lo que debe haber visto.

Liz Thompson

Ahora pienso en cómo ella veía el mundo, en su capacidad de hacer tanto con tan poco... Nunca me sentí pobre, nunca, jamás. Al crecer, entendí que el amor era todo lo que necesitaba para sentirme suficiente. Y fue gracias al ambiente que ella creó para nosotros. Déjenme decirles algo: ella era la Maestra del Amor.

Cuando veo sus gafas, me pregunto qué habrá visto a través de ellas... Pienso en todo lo que tuvo que enfrentar, sin perder de vista nunca lo que más necesitábamos: un hogar lleno de amor.

Pienso en mis cinco hermanos y en lo extraordinarios que son, y lo que dice eso de ella y de mi papá. Aunque su alcoholismo me privó de conocer al padre que ellos tuvieron, sí conocimos a la misma madre.

Nació en 1924 y creció en Warren Boulevard, en Chicago. Hija única, criada por sus padres, Ethel y George. Su madre trabajaba fuera de casa y era una luchadora incansable. Su abuela, Gaga, fue su principal cuidadora. Aunque llegó a conocerme, no guardo recuerdos de ella, pero me han dicho que también era una mujer fuerte. Su padre, siempre ausente, trabajaba sin descanso para darle lo mejor a su familia. Él era puro amor, y creo que aunque mi madre heredó ese superpoder de él, era un

caleidoscopio de piezas armadas de muchas partes.

Una de sus enseñanzas siempre me hace sonreír. Cuando estaba embarazada de mi segundo hijo, le confesé con angustia: Mamá, tengo miedo... No sé cómo podré amar a este bebé tanto como al que ya tengo. Me aterra no poder dividir mi amor. Ella me miró, sonrió y dijo: Oh, no, no, no, cariño... No te preocupes por eso. Eso no funciona así. Simplemente, crecerá en ti un corazón completamente nuevo. Y en ese instante, sentí cómo todo mi ser exhalaba. Su explicación, tan sencilla como profunda, era exactamente lo que necesitaba escuchar.

Porque recuerden: soy la menor de seis hermanos, y así fue que nos amó: Cada uno de nosotros sintió que tenía su corazón entero. Un corazón único. Y en sus ojos, cada uno de nosotros era especial. Éramos suficiente.

*Virginia Hortense Smith Watson, Cabrini-Green,
Chicago, IL, 1952 – 1998*

Liz Thompson, Cabrini-Green, Chicago, IL, 1963 – 1986

Virginia falleció en 1998

*Bobbie Townsend, Lake Park Place,
4048 South Lake Park Avenue,
Chicago, IL, 1978 – presente*

Esta foto será famosa

Bobbie Townsend

Conocí a Barack Obama cuando impartió un curso de doce semanas sobre organización comunitaria en Centers for New Horizons. Tomé esta foto en 2007 en la iglesia Monumental Baptist Church, en el 729 E. Oakwood Boulevard.

En ese entonces, no tenía teléfono con cámara. Cuando vi a Barack, corrí a mi coche por mi cámara desechable. Yo había escuchado que Oprah quería que se postulara para la presidencia. Durante la sesión de preguntas y respuestas, levanté la mano y le pregunté: “¿Va a postularse a la presidencia?”. No quiso contestar. Solo respondió: “Siguiente pregunta”.

Llevé la cámara a Walgreens y pedí que ampliaran la foto. Cuando mi amiga la vio, me dijo: “Dame esa foto. Esta foto será famosa”. Fue a Walgreens y la amplió también. Más tarde, las dos lloramos al ver las imágenes de Barack y Michelle en la orilla del lago. No fui hasta allá por la multitud.

Esta foto significa mucho para mí. Hice unas 100 copias y las regalé a amigos y conocidos. Barack se ve tan joven, con el pelo aún negro. Su personalidad te hacía sentir a gusto e importante.

Vitrinas Lejanas

Pienso que hemos hecho un gran trabajo

Eugene J. Clark

Entre 1960 y 1961, fui uno de los encargados de repartir los ladrillos para la construcción del proyecto de viviendas Stateway Gardens. Mi labor como ayudante de acarreo consistía en colaborar con el conductor del camión, transportando los ladrillos que llegaban sueltos en un vagón. Primero, debíamos atarlos en fardos, luego cargarlos en el camión y, finalmente, llevarlos hasta la obra. Con el tiempo, el conductor y yo nos ganamos una reputación: juntos logramos atar, embalar y entregar hasta 25,000 ladrillos al día en todos los edificios. Mantuvimos ese ritmo de trabajo durante un año y medio, hasta que la construcción de Stateway Gardens concluyó. Hoy, esos edificios ya no existen.

Estoy convencido de que hicimos un gran trabajo. De hecho, en aquel entonces, creía firmemente que todos esos proyectos estaban bien contruidos y diseñados para perdurar.

En 1967, me hice albañil, pero el camino no fue fácil. Antes de 1966, los trabajadores negros podían ser parte del sindicato si contaban con un carnet, pero no tenían acceso a los programas de aprendizaje en Chicago. Para recibir formación, era necesario viajar

al sur, obtener allí la acreditación y luego regresar para incorporarse al sindicato local. Me tomó siete años completar el proceso de albañil. Me atrajo esta profesión porque ofrecía mejores ingresos que otras tareas relacionadas con la construcción, como acarrear materiales, empujar carretillas, cavar zanjas o realizar trabajos de mano de obra general. Comencé a aprender albañilería con la idea de construir mi propia casa, aunque pronto descubrí que colocar ladrillos era solo una pequeña parte de todo el proceso.

Trabajé hasta el 2002, aunque en realidad nunca dejé de estar activo. En este oficio, siempre surgen oportunidades y, a veces, también errores. De hecho, no fue hasta hace apenas un año que realmente dejé de trabajar.

Fue entonces cuando empecé a sufrir de verdad. Los ladrillos parecían cada vez más pesados.

Eugene Clark, Ida B. Wells Homes, Chicago, IL, 1946 – 1948

Dearborn Homes, Chicago, IL, 1949 – 1956

4030 South Park Avenue, Chicago, IL, 1995 – presente

Recuerdo que su apartamento siempre olía a banana, todavía uno de mis olores favoritos

Daniel Anderson

Nací y crecí en Manhattanville Housing Projects, en un edificio donde mi familia fue de las primeras en establecerse. Vivíamos en el noveno piso, y en aquella época, los proyectos representaban un avance con respecto a los viejos edificios de apartamentos marginados. Los nuevos edificios estaban llenos de familias trabajadoras que luchaban por salir adelante, formando una comunidad unida por el esfuerzo y la esperanza.

Nos reuníamos semanalmente con los vecinos del noveno piso para compartir una comida, escuchar música y, entre los adultos, disfrutar de un trago o dos... o tres. Para nosotros, los niños, era un espectáculo ver a los mayores en plan social, riéndose y haciendo ruido, porque ¿acaso no eran para eso los fines de semana?

Entre todos los vecinos, dos de los que mejor conocí fueron el Sr. Ernest y su esposa, la Sra. Ella, quienes eran mis padrinos y cuidaban de mí por las tardes para que mi mamá pudiera descansar antes de su turno de noche. Aún conservo en mi memoria el aroma dulce a banana que impregnaba su apartamento, un olor que, hasta el día de hoy, me llena de nostalgia.

En 1969, el Sr. Ernest me sorprendió con un regalo muy especial: un par de zapatos de bebé que ya habían sido míos, pero que él transformó con sus propias manos. Los pintó de bronce, les grabó mi nombre y los montó sobre madera. En mis siete años de vida — años largos e importantes a esa edad — no recuerdo haber recibido jamás un regalo tan hermoso. El día que los traje, observé con orgullo y felicidad las miradas de envidia de mis hermanos mientras mamá colocaba los zapatos en nuestra chimenea decorativa, donde quedaron para ser admirados por muchos, como un símbolo tangible del amor que me rodeaba en los proyectos.

*Daniel Anderson,
Manhattanville Houses, Nueva
York, 1962–1989*

¡Oh, un día de estos esa batidora será mía!

David Butler

Siempre sabía cuándo llegaban los días feriados, puesto que mi madre y mi abuela se levantaban a las tres de la mañana, y el primer sonido en la casa era del rodillo y de la batidora para trabajar la masa.

Mi abuela cocinaba para todos. Éramos una familia numerosa, pero año tras año, horneaba una tarta de cumpleaños para cada uno de nosotros. Se pasaba el día en la cocina, preparando chop suey de camarones, albondigón, y berza con hojas de nabo.

Se mudó al primer distrito cuando su hija falleció, asumiendo el cuidado de diez nietos. En el barrio, tenía el huerto más grande. Cultivaba col rizada mucho antes de que se pusiera de moda. Nosotros siempre supimos lo que era.

Mi madre y mi abuela no medían con tazas al cocinar. Medían tarareando. Cantaban viejas melodías y nosotros las seguíamos. Ahora yo también lo hago.

Lo primero que aprendí a cocinar con mi abuela fue puré de papas. Ella horneaba las papas y, cuando se enfriaban, me ponían en una silla a pelarlas. A mi hermano mayor le tocaba la batidora, y yo lo miraba con envidia, pensando: ¡Un día de estos, esa batidora será mía!

Mi abuela cocinaba casi todo porque mi mamá trabajaba, y cuando volvía a casa, era quien me ayudaba con la tarea. Cuando falleció, me deshice de muchas cosas, pero conservé unas pocas: la batidora y el rodillo estaban entre ellas.

Cuando mi madre se enfermó, no pude mantener su alquiler y el mío, así que la trasladamos a Cuney Homes. No sabía que poco después yo también viviría aquí. Dios mío... Gracias al Señor por esa urbanización.

Ahora, cuando la familia se reúne los domingos, soy quien cocina la mayor parte de la cena. Solo uso la batidora para hacer el merengue de mis tartas de limón, porque lo hace perfecto. Cuando termino, la lavo y la guardo en un cajón de mi cocina. Doy gracias a Dios por tener algo que me recuerde a mi madre y a mi abuela, y por poder transmitir esos recuerdos a mis sobrinas y sobrinos, ya que nunca pude tener hijos.

June Marie Butler, Cuney Homes, Houston, TX, 2001

David Butler, Cuney Homes, Houston, TX, 1988 – presente

June Marie falleció en 2001.

Ablandábamos la hierba en agua para poder trabajarla, pero las hojas seguían afiladas y me cortaban los dedos.

Linda Herkshan

Mi abuela, Minnie, heredó esta cesta hecha a mano a mi madre, Marjorie, quien luego me la pasó a mí, su hija mayor.

Cuando era pequeña, en Arizona, viajaba de Tucson a Sells para visitar a mi familia política. Allí, veía a los mayores tejer cestas de todos los tamaños mientras conversaban y bromeaban. Aunque no siempre entendía la lengua nativa, me reía con ellos. En aquel entonces, nos llamábamos Papago, pero el nombre cambió a Tohono O'odham.

Remojábamos la hierba para ablandarla lo suficiente y poder trabajarla, pero las hojas seguían siendo afiladas y me cortaban los dedos. Intentaron enseñarme a tejerlas, pero los pinchazos eran insoportables. Después de que mi abuela falleció, mi madre me entregó esta cesta. Me dijo que era una de las últimas que hizo mi abuela y que debía dejársela de herencia a Elton, mi hijo mayor.

Cuney Homes ahora forma parte de mi historia y herencia. Quiero que mis hijos también conozcan sus raíces nativas y valoren el arduo trabajo que realizaron nuestros mayores.

Linda Herkshan, Cuney Homes, Houston, TX, 2019 – presente

Nunca me lo pongo. De vez en cuando lo toco, para recordarla

Janice Makey

De vez en cuando, lo miro y digo: “No sé por qué conservo esto, debería tirarlo”. Pero lo vuelvo a guardar en el último cajón.

No me lo pongo. De vez en cuando, lo toco, para recordarla. Tengo una foto suya, pero me quedo con el pañuelo. No sé si lo dejó en mi casa el día antes de ir al hospital. Lana me dijo que quería venir a mi casa a comer asado, y se pasó todo el día aquí. Estábamos viendo Jerry Springer y me dijo que tenía que ir a diálisis. Le pregunté si quería que la acompañara, y me dijo que no, así que unas dos horas más tarde, sonó el teléfono y mi niño salió de la habitación diciendo que era la clínica de diálisis diciendo que teníamos que ir. Han pasado unos siete años desde que falleció. Cuando le hicieron la diálisis ese último día, le quitaron más de cien libras de líquido. Entró gorda y salió delgada.

Nací en el tercer distrito y vivíamos en Blodgett. Luego nos mudamos a South Park. Mis padres, yo, dos de mis hermanas y mi hermano. Fuimos la tercera familia negra que se mudó a South Park. Cuando crecimos, nos separamos; yo me mudé a DeQuincy, Luisiana, y ellos se quedaron aquí en Houston.

Yo y Lana nos llevamos exactamente once meses. Por Lana terminé en Cuney Homes, puesto que cuando me quedé sin hogar, ella vino a Luisiana y me llevó a casa. Me quedé en Louisiana por unos 23, 24 años. Teníamos una relación muy cercana. Me dio una carta para que me presentara en Cuney, y aunque no pensé que me aceptarían porque tenía antecedentes penales, Lana insistió. Y así fue como me recuperé.

La gente decía que Cuney Homes era peligroso, pero yo nunca sentí miedo. Crié a tres hijos y siempre les digo que este es nuestro hogar. Mucha gente no tiene un lugar al que llamar hogar, y yo amo el mío, todo porque mi hermana me trajo aquí.

Janice Makey, Cuney Homes, Houston, TX, 2010–presente

Paredes Laterales y Vitrinas

Ya no tenemos ese sentido de comunidad porque hay tantas reglas

Juanita Stevenson

Esta manguera se utilizaba para regar las plantas de Julia C. Lathrop Homes.

Desde 1985 hasta principios de la década de 2000, casi dos docenas de residentes de Lathrop cultivaban huertos detrás de sus casas adosadas o rowhouses, donde crecían berzas, hojas de mostaza, lechugas, tomates, pimientos dulces y picantes, eneldo y colinabos. Al final de la temporada, la residente Georgia Blankenship solía premiar al mejor huerto.

Juanita Stevenson, que se mudó a su apartamento del 2625 de N. Hoyne Avenue hace exactamente 35 años, atesora aquellos días. “Recuerdos húmedos y brumosos”.

Los jardines se abandonaron cuando se construyó el puente de la avenida Damen detrás de algunas de las casas. Después de eso, según Stevenson, la empresa de administración de Lathrop les dijo a los jardineros que quitaran sus cercas porque parecían de mal gusto. “¿Quién quiere cultivar un jardín sin un cerco?” se pregunta.

Las cosas han cambiado desde que Stevenson se mudó a su apartamento del 2625 de N. Hoyne Avenue, hace exactamente 35 años. “Ya no tenemos esa sensación de comunidad porque hay muchas normas y reglamentos. Todo el mundo vigila a los demás. Mucha gente ha empezado a mudarse”.

Pero una residente, Connie Marzullo, persevera. Sigue cultivando sus preciados tomates y los comparte con Stevenson y otros residentes. “Aquí todos somos familia de una forma u otra. Tocamos la vida de los demás de muchas maneras”.

*Juanita Stevenson, Robert Taylor Homes,
Chicago, IL, 1969–1972*

Julia C. Lathrop Homes, Chicago, IL, 1983–presente

La lucha contra el cáncer me mostró de qué estaba hecha la gente de Cuney Homes

Delores R. Ford

En 2002, descubrí una protuberancia bajo mi brazo izquierdo. Sentí miedo y me di cuenta de lo poco que conocía mi propio cuerpo. Al principio, el bulto era pequeño. Me convencí de que era solo un grano, aunque en el fondo sabía que era algo más. Probé todos los remedios caseros que conocía y algunos que me sugirieron mis amigos, pero el temor de ir al médico me paralizaba.

Cuando finalmente reuní el valor para ir, en el verano de 2003, el bulto había crecido hasta alcanzar el tamaño de un huevo de gallina. Los resultados tardaron dos semanas en llegar. Normalmente iba acompañada a mis citas médicas, pero ese día estaba sola. Mi mente giraba sin control, como hámster en rueda. Entonces, el médico entró con su enfermera. Ambos tenían una expresión sombría. Me preguntaron si alguien me esperaba. Cuando les dije que no, respiraron hondo antes de darme la noticia: tenía cáncer de mama en estadio 4. Me explicaron que empezaríamos con una operación para extirpar la masa, seguida de quimioterapia.

Me eché a reír. Pensaron que había perdido la razón, pero en realidad me reía para no llorar. Les dije que no podía salir de la consulta sollozando, ni tomar el tren y el autobús con lágrimas en los ojos, porque sería un blanco fácil para un robo o algo peor. Les aseguré que lloraría cuando llegara a casa.

La bola de cristal me la regaló el hijo de un buen amigo y vecino de Cuney Homes. Dentro de ella, una madre y su cría de delfín nadan en paz. Mi lucha contra el cáncer me mostró de qué estaba hecha la gente de Cuney Homes. Mis vecinos me cuidaron; algunos me llevaban comida, otros me acompañaban al autobús o me llevaban a donde fuera. En ese momento de mi vida, necesitaba una familia y la encontré en mi comunidad. Aprendí que la comunidad y la familia pueden ser lo mismo. Algunos de ellos ya han partido, otros se han mudado, pero siempre estarán en mi corazón.

Delores R. Ford, Cuney Homes, Houston, TX, 1999–presente

Aquí tienes nena Siempre supe que querías un avión

Raymond “Shaq” McDonald

Recuerdo cuando mi mamá me regaló este avión. La expresión de emoción y alegría que tenía en la cara era inexplicable: su sonrisa amplia podía iluminar una habitación; sus ojos brillaban de emoción cuando me regaló el avión. Me dijo: “Aquí tienes, cariño. Siempre supe que querías un avión”. Le dije: “Me oíste”. Con pura emoción me pregunté qué hacer ahora con este nuevo avión de metal que tenía en mis manos. Ella vio mi mirada de pura alegría, y justo cuando estaba a punto de darle las gracias, se encargó de decirme con la sonrisa más jubilosa que fuera a colgarlo para que no lo estropeará. Corrí por un martillo y un clavo. Después de colgarlo, le di a mi mamá el abrazo más fuerte que pude, y ella me lo devolvió con la misma intensidad, mientras nos agradecíamos mutuamente el regalo. Terminé ese momento tan especial dando las gracias. El avión me recuerda a los aviadores de Tuskegee, pero fui criado por mi abuela, y ese es el único regalo que me queda de mi mamá.

Raymond “Shaq” McDonald, Cabrini-Green Homes, Chicago, IL, 1993–presente

La chaqueta refleja un aspecto de la vida de mi madre que nadie más conoce.

Tara Stamps

Mi mamá, Marion Nzinga Stamps, era miembro de un club de moteros llamado los Raiders, en el West Side por Cicero y Congress.

No tenía moto, sino que las tomaba prestadas y estaba pensando comprarse la suya justo antes de morir. Estaba muy comprometida con los Raiders: acudía a las reuniones casi todas las semanas y a las concentraciones al menos una vez al año por unos diez años.

Le gustaban la libertad de las motos y la tenacidad del grupo. Con los Raiders no tenía que ser líder, sino simplemente Marion. Normalmente era muy dominante, y aquí era sólo una mujer, con un grupo de machos alfa, que le invitaban a tragos y la atendían. Se sentía mujer fatal.

Le gustaba la diversión, la osadía, la libertad, el peligro y la mística de los chicos malos.

La chaqueta refleja un aspecto de la vida de mi madre que nadie más conoce. La recogí de su armario en 1996, poco después de su muerte. Sabía que era importante para ella.

Marion Nzinga Stamps, la “Reina de Cabrini”, Cabrini-Green Homes, Chicago, IL, 1963–1996

Tara Stamps, Hogares Cabrini-Green, Chicago, IL, 1962–1972

Marion hizo su transición en 1996.

Veo el sudor de los recolectores de algodón en la gorra de mi abuelo.

Maria Moon

En los ojos de mi abuelo,
suaves como palomas,
se esconden arrugas,
secretos doblados,
enroscados en pensamientos nunca revelados.
Y sólo puedo ver lo que sé,
la vida de mi abuelo,
los tiempos de...

Bloqueo de escritor en mitad de este poema,
porque sé que quieres escuchar algo dulce,
flores de Birmingham, Alabama,
estrofas pintadas por dedos Watuzi,
pero no recogió flores,
las manos callosas solo recogieron algodón.
Ni rosas rojas, ni violetas azules,
solo arbustos y espinas que dejan cicatrices
en los nudillos.

Cuando la realidad cambie,
este poema cambiará,
sobre cuerpos negros rotos,
menospreciados, doblegados.

Mi abuelo, hijo de esclavo,
seguía siendo orgulloso,
emigró a Chicago cargado de trauma,
y el dolor embolsado en sus puños,
lágrimas ocultas bajo los pliegues del codo.
Los recuerdos sustituyeron sus sueños,
y se convirtió en un tormento andante.
Veo el sudor de los recolectores de algodón en la
gorra de mi abuelo,
un hombre negro, cansado, triste, pero orgulloso.
No olvido tu viaje,
no eres un animal,
eres más que un tercio,
eres un hombre.
No eres un nigger,
y eso es todo lo que llevabas dentro,
todo lo que llevabas fuera,
y todo lo que querías que el mundo supiera.

Willie Moon, Henry Horner Homes, Chicago, IL, 1960–1983

Maria Moon, Henry Horner Homes, Chicago, IL, 1978–1992

Willie falleció en 1983.

El plato era una forma de sentirme cerca de mi madre

Deborah Smith

Nos mudamos al proyecto Ida B. Wells en 1967. Los días festivos estábamos todos siempre en la cocina, cortando, picando y enjuagando las verduras para añadirlas a las ollas y sartenes en la estufa. Era una hermosa experiencia que nos unía. Este plato de Pyrex se usaba normalmente para hacer arroz con leche o budín de pan. Yo no comía ninguno de los dos, pero el plato y yo éramos uno. Cuando mi madre murió, quería que ese vínculo continuara, y el plato era una forma de sentirme cerca de mi madre.

*Deborah Smith, Ida B. Wells Extension,
Chicago, IL, 1967 – 1972; 1975 – 1981*

La cantábamos casi todos los días, y la cantamos una semana antes de que lo mataran...

LaTonya Floyd

George siempre estaba con el rap y el rollo DJ. La revista People me hizo una entrevista y les conté cómo George escuchaba rock and roll y la música pop que yo ponía cuando vivíamos en Cuney Homes. Un día me dijo: "LaTonya, me gusta esa canción". La cantábamos casi todos los días, y la cantamos una semana antes de que lo mataran.

"Keep on Loving You" de REO Speedwagon.

Un día recibí una llamada de mi abogado: "Alguien quiere conocerte." "Bueno, ¿quién es?" Y me dijo: "No te lo voy a decir. Tienes que estar en la iglesia de tu hermana a esta hora." Cuando llegué y levanté la mirada, ahí estaba: Kevin Cronin, el cantante de REO Speedwagon. Había leído la entrevista y se puso en contacto conmigo. Lo abracé con todas mis fuerzas y lloré mientras cantábamos juntos Keep On Loving You.

"Bueno, LaTonya, esta es tu primera presentación en vivo." Y entonces sacó un álbum de platino. Era una belleza. Todo el mundo lloró. Y le dije: "¿Sabes, qué?, George había arruinado la letra de la canción." Kevin se rió con ganas.

Extraño tanto a George. Yo le enseñé a escuchar REO Speedwagon y Bon Jovi. Hoy, si estuviera con nosotros,

tendría cincuenta años. Le habría dicho: "Hermano, ¡estás a la mitad del camino!" Y él habría cantado: "¡Livin' on a Prayer!" Ese era George, mi hermano, mi amigo. Nos parecemos tanto que la gente siempre dice: "Solo hay que mirarle la cara, la nariz, para saber quién es." Nos movemos igual, hablamos igual, caminamos igual. Es algo que todos notan, desde nuestros gestos hasta nuestras voces, que suenan tan parecidas.

Ese era mi hermanito. Mi hermana Zsa Zsa y yo le cambiábamos los pañales. Le hacíamos eructar, le dábamos el biberón. Estábamos en el hospital el día que nació. Nadie puede contar su historia como LaTonya y Zsa Zsa. Oímos su primer llanto y también oímos el último.

*LaTonya Floyd, Cuney Homes,
Houston, TX, 1984 - 1986; 1998 - 2005*

George Floyd, Cuney Homes, Houston, TX, 1984 - 2014

George fue asesinado por la policía en el año 2020.

Hermosa orquídea

Li Hong Cui

Cuando llegué a Ravenswood,
la sembré junto a mi hijo.
Cada temporada, su orquídea florece.
Al verla abrirse, sentí la serenidad de saber
que la primavera siempre vuelve.
Me llevó a la naturaleza, no puedo quejarme.
La regadera que usé la hizo crecer con gracia.
Hoy tiene 21 años.
Aún vive en mi casa.

*Li Hong Cui, Ravenswood Homes,
Nueva York, NY, 2014–presente*

Subiendo de categoría, de apartamentos marginados a los proyectos

Ursula Burns

Cuando nos mudamos a Baruch Housing, yo tenía diez años. Mi madre, mi hermano, mi hermana y mi primo Napoleón lo mudamos todo y de prisa, porque cuando le dijimos al dueño que nos mudábamos, nos corrió.

No teníamos carro, así que cargamos todas nuestras pertenencias hasta Baruch. Seis cuadras ida y vuelta. ¿Conoces la canción "Moving On Up"? Como la canción, subíamos de categoría, de apartamentos marginales infernales a los proyectos.

Baruch se construyó en la década de 1950. Creo que los proyectos de viviendas nacieron con buenas intenciones, pero su funcionamiento fue empeorando al grado de que cuando nos mudamos en los años 70, la ciudad había abandonado los edificios. Las familias que vivían allí eran pobres, estaban atrapadas y carecían de servicios. La infraestructura física estaba en mal estado y los servicios eran escasos.

Mi mamá emigró a Nueva York desde Panamá. Practicaba el catolicismo y celebraba novenas en nuestro apartamento con sus amigas. Ella no iba mucho a la iglesia, pero los niños íbamos con regularidad. Mi hermano, mi hermana y yo asistimos a escuelas católicas con lo que ahorraba mi mamá de lo que ganaba limpiando.

Una de sus posesiones más preciadas era un rosario de imitación de marfil, regalo de mi tía Mel y mi tío Robby. El tío Robby era miembro de las Fuerzas Aéreas, y él y mi tía vivían en Grecia. Trajeron el rosario de Italia y se lo regalaron a mi mamá, junto con una imagen enmarcada de Jesucristo hecha con trozos de cristal veneciano. La imagen era una ilusión óptica: si la mirabas de frente, veías a Jesucristo, pero desde otros ángulos aparecían la Virgen María o Dios.

Mi mamá colgó el rosario en la pared del pasillo de Baruch Housing, una de las maneras en que nos brindó continuidad a mis hermanos y a mí. Murió a los 49 años, cuando yo tenía 25, después de lo cual, el rosario acompañó a la familia al mudarnos de Nueva York a Rochester, luego a Connecticut y finalmente a Londres. Tal vez algún día lo lleve a mi casa de la Florida, pero por ahora sigue en mi apartamento de Nueva York, en mi dormitorio, sobre el tocador.

*Olga Burns, Bernard M. Baruch Houses,
New York City, NY, 1970–1982*

*Ursula Burns, Bernard M. Baruch Houses,
New York City, NY, 1970–1982*

Olga Burns falleció en 1982.

Aprendí a dominar el jumpshot con una sola mano, uno de los primeros jugadores del área de Chicago en hacerlo.

Ned Lufrano

Crecí en el Proyecto Jane Addams. Mi familia y yo vivimos en el 1206 de W. Roosevelt Road desde 1938 hasta 1952, es decir, desde que tenía seis años hasta los veinte. Mis dos hermanos y yo asistimos a la escuela secundaria Riis, ubicada a una cuadra, en la calle Throop.

La vida en el proyecto era muy agradable; solo conservo buenos recuerdos. Nuestra familia, al igual que las demás, era muy pobre, pero no lo sabíamos, porque todos estábamos en la misma situación. Mi vida giraba en torno a jugar con mis amigos e ir a la escuela.

Estudié en Marshall High School, en el West Side de Chicago. Todos los días tomaba el tranvía por Roosevelt Road hasta Kedzie y, desde allí, otro durante 12 cuadras hasta la Quinta Avenida. Mis años en Marshall estuvieron llenos de amistades y baloncesto.

En aquellos años, los equipos de baloncesto de Marshall eran los mejores de la ciudad. Entre 1939 y 1944, nuestros juniors ganaron 98 partidos consecutivos, un récord que nunca se ha roto. Decidí probar suerte en el equipo, a pesar de que nunca había jugado antes de ingresar a la escuela

secundaria. Me rechazaron cuatro veces en mi primer año. Practiqué todo el verano y, en mi segundo año, fui rechazado dos veces más antes de finalmente entrar al equipo al final de la temporada.

Durante los veranos entre mi primer y segundo año, trabajé en la cocina del Camp Henry Horner. Todas las mañanas terminaba mis tareas y luego pasaba el resto del día jugando baloncesto. Desarrollé un lanzamiento a una mano, convirtiéndome en uno de los primeros jugadores en Chicago en utilizar esa técnica. Los dos años siguientes fueron excelentes tanto para mí como para el equipo de Marshall. No perdimos ni un solo partido en el West Sectional, y fui el máximo anotador de la seccional durante esos dos años. Durante mis cuatro años en Marshall, competimos tres veces por el campeonato de la ciudad, ganando una vez y perdiendo dos.

Hoy tengo 89 años y he tenido una vida maravillosa. Mi esposa Joan y yo llevamos 59 años de casados. Nuestros dos hijos y sus familias están sanos y felices, y lo mejor aún está por venir.

*Ned Lufrano, Jane Addams Homes,
Chicago, IL, 1938 – 1952*

